

Ken Liu

El Muro de las Tormentas

Libro segundo de
La Dinastía del Diente de León

Traducción de Francisco Muñoz de Bustillo

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *The Wall of Storms*

Publicado por acuerdo con el autor, c/o BAROR INTERNATIONAL, INC.,
ARMONK, Nueva York, USA

Primera edición: 2017

Segunda edición: 2022

Revisión de las galeras a cargo de Antonio Torrubia.

Adaptación de la cubierta para la edición en español: José Luis Collada.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Copyright © 2016 by Ken Liu

© de la traducción: Francisco Muñoz de Bustillo, 2017

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2017, 2022

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1362-770-0

Depósito legal: M. 3.124-2022

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Para Lisa, Esther y Miranda,
supra omnia familia

Nota sobre la pronunciación

Muchos de los nombres de Dara proceden del anu clásico. En este libro, la transcripción del anu clásico no utiliza dígrafos vocálicos; cada vocal se pronuncia de forma separada. Así, por ejemplo, «Réfiroa» contiene cuatro sílabas distintas: Ré-fi-ro-a. Del mismo modo, «Na-aroénna» contiene cinco sílabas: Na-a-ro-en-na.

La «i» se pronuncia como la «i» en español.

La «o» se pronuncia como la «o» en español.

La «ü» se pronuncia como la ü alemana o la transcripción fonética pinyin del chino.

Otros nombres tienen orígenes diferentes y contienen sonidos que no aparecen en el anu clásico, como «xa» en Xana o «ha» en «Haan». En esos casos, no obstante, cada vocal se sigue pronunciando por separado.

La transcripción de los nombres y palabras lyucu y agon presenta un problema diferente. Como su conocimiento nos llega a través de la gente y la lengua de Dara, los nombres que aparecen en este libro han sufrido un doble proceso de transformación. Cuando transliteramos términos lyucu o agon ocurre lo mismo que cuando los angloparlantes, o los hablantes de alguna otra lengua, escriben las palabras y los nombres chinos: solo consiguen aproximarse a los sonidos originales.

Los principales personajes

EL CRISANTEMO Y EL DIENTE DE LEÓN

Kuni Garu: Emperador Ragin de Dara.

Mata Zyndu: Hegemón de Dara (fallecido).

CORTE DEL DIENTE DE LEÓN

Jia Matiza: Emperatriz Jia; consumada herborista.

Consorte Risana: Ilusionista y música consumada.

Cogo Yelu: Primer Ministro de Dara.

Gin Mazoti: Mariscal de Dara; reina de Gójira; la estratega en el campo de batalla más brillante de su tiempo. Aya Mazoti es su hija.

Rin Coda: Secretario imperial de clarividencia. Amigo de la infancia de Kuni.

Mün Çakri: Capitán general de infantería.

Than Carucono: Capitán general de caballería y almirante general de la Armada.

Puma Yemu: Marqués de Porin, experto en tácticas de hostigamiento.

Théca Kimo: Duque de Arulugi.

Dafiro Miro: Capitán de la guardia de palacio.

Otho Krin: Chambelán del emperador Ragin.

Soto: Confidente y consejera de Jia.

HIJOS DE KUNI

Príncipe Timu (nombre de la infancia: Toto-tika): Primogénito de Kuni; hijo de la emperatriz Jia.

Princesa Théra (nombre de la infancia: Rata-tika): Hija de la emperatriz Jia.

Príncipe Phyro (nombre de la infancia: Hudo-tika): Hijo de la consorte Risana.

Princesa Fara (nombre de la infancia: Ada-tika): Hija de la consorte Fina, muerta en el parto.

LOS ERUDITOS

Luan Zya: Principal estratega de Kuni durante la rebelión; no quiso aceptar ningún título; amante de Gin Mazoti.

Zato Ruthi: Tutor imperial, destacado moralista de la época.

Zomi Kidosu: Alumna brillante de un misterioso maestro; perteneciente a una familia de pescadores-agricultores de Dasu (Oga y Aki Kidosu).

Kon Fiji: Antiguo filósofo anu; fundador de la Escuela Moralista.

Ra Oji: Antiguo epigramista anu; fundador de la Escuela Flujista.

Na Moji: Antiguo ingeniero de Xana que estudió el vuelo de las aves; fundador de la Escuela Modelista.

Gi Anji: Filósofo moderno del tiempo de los estados Tiro; fundador de la Escuela Incentivista.

LOS LYUCU

Pékyu Tenryo Roatan: Dirigente de los lyucu.

Princesa Vadyu Roatan (apodada «Tanvanaki»): La mejor piloto garinafin; hija de Tenryo.

Príncipe Cudyu Roatan: Hijo de Tenryu.

DIOSES DE DARA

Kiji: Patrón de Xana; Señor del Aire; dios del viento, el vuelo y los pájaros; su *pawi* es el halcón mingén; suele llevar una capa blanca.

Tututika: Patrona de Amu; es la más joven de todos los dioses; diosa de la agricultura, la belleza y el agua dulce; su *pawi* es la carpa dorada.

Kana y Rapa: Gemelas y patronas de Cocru; Kana es la diosa del fuego, la ceniza, la cremación y la muerte; Rapa es la diosa del hielo, la nieve, los glaciares y el sueño; su *pawi* son dos cuervos: uno blanco y otro negro.

Rufizo: Patrón de Faça; el Sanador Divino; su *pawi* es la paloma.

Tazu: Patrón de Gan; impredecible, caótico, le encanta el azar; dios de las corrientes marinas, los tsunamis, los tesoros sumergidos; su *pawi* es el tiburón.

Lutho: Patrón de Haan; dios de los pescadores, la adivinación, las matemáticas y el conocimiento; su *pawi* es la tortuga marina.

Fithowéo: Patrón de Rima; dios de la guerra, la caza y la forja; su *pawi* es el lobo.

El susurro de la brisa

CAPÍTULO UNO

Saltándose la clase

PAN: SEGUNDO MES DEL SEXTO AÑO DEL REINADO
DE LOS CUATRO MARES PLÁCIDOS

Señores y señoras, escuchad con atención.

Dejad que mis palabras describan escenas de lealtad y valor.

Duques, generales, ministros y doncellas desfilarán por este escenario etéreo.

¿Cómo es el amor de una princesa? ¿Cuáles los temores de un rey?

Si con tragos aflojáis mi lengua y con monedas animáis mi corazón, todo se os ha de mostrar cuando llegue la ocasión...

El cielo estaba cubierto y el viento frío transportaba copos de nieve dispersos. Por las anchas avenidas de Pan, la Ciudad Armoniosa, carruajes y transeúntes con gruesos abrigos y sombreros forrados de piel se apresuraban en busca del calor del hogar.

O del confort de una taberna acogedora como La Jarra de Tres Patas.

—Kira, ¿no te toca a ti pagar en esta ocasión? Todo el mundo sabe que tu marido te entrega cada cobre que gana.

—Mira quién habla. ¡El tuyo no se atreve a estornudar sin tu permiso! Pero creo que hoy debería ser el turno de

Jizan, hermana. ¡Tengo entendido que anoche un rico comerciante de Gan le dio cinco piezas de plata de propina!

—¿Y eso por qué?

—¡Porque le llevó hasta la casa de su amante favorita a través de un laberinto de callejuelas y consiguió eludir a los espías de su mujer que lo perseguían!

—¡Jizan! No sabía que tenías unas habilidades tan lucrativas...

—¡No hagas caso de los embustes de Kira! ¿Tengo el aspecto de llevar cinco piezas de plata?

—La verdad es que has llegado con una sonrisa bastante amplia. Apostaría a que has sido generosamente remunerada por facilitar un matrimonio de una sola noche...

—¡Oh, cállate! Haces que parezca la anfitriona de una casa índigo...

—¡Ja, ja! ¿Por qué conformarse con ser la anfitriona? ¡Yo creo que tienes capacidad para regentar una casa índigo o... una casa escarlata! La verdad es que se me cae la baba con algunos de esos chicos. ¿No podrías echar una manita a una hermana necesitada?...

—... o algo *más* que una mano...

—¿No podéis dejar de pensar siempre en lo mismo? Espera un momento... Phiphi, me pareció oír ruido de monedas en tu bolso cuando llegaste... ¿Tuviste suerte anoche en el juego de los gorriones?

—No sé de qué estás hablando.

—¡Ajá, lo sabía! Tu cara no sabe ocultar nada; es sorprendente que puedas engañar a alguien en el juego. Escucha, si quieres que Jizan y yo mantengamos la boca cerrada delante del tonto de tu marido sobre tu afición al juego...

—¡Oye, faisán desplumado! ¡No te atrevas a contarle nada!

—Nos resulta muy difícil guardar secretos cuando tenemos tanta sed. ¿Qué tal si nos invitas a uno de esos «hidrantes de la memoria», como dicen en el teatro?

–Mira que sois malas... Está bien, yo pago las bebidas.

–Ahora sí te comportas como una verdadera hermana.

–No es más que un pasatiempo inofensivo, pero no soporto el modo en que merodea por la casa con mala cara y da la lata cuando piensa que voy a jugármelo todo.

–Admito que parece contar con el favor del Señor Tazu. ¡Pero la buena suerte es aún mejor cuando se comparte!

–Mis padres no debieron de quemar suficiente incienso en el templo de Tututika antes de que naciera, si he acabado teniendo dos «amigas» como vosotras...

En el interior de La Jarra de Tres Patas, oculta en un apartado recodo de la ciudad, el vino templado de arroz, la cerveza fría y el licor de coco fluían tan libremente como la conversación. El fuego que chisporroteaba y danzaba en la estufa de leña del rincón mantenía la taberna calentita y bañaba todo en una luz cálida. El vaho se congelaba sobre los cristales de las ventanas creando formas complejas y refinadas que desdibujaban la imagen del exterior. Los clientes se sentaban en grupos de tres o de cuatro alrededor de mesitas bajas en posición de *gėiipa*, en un ambiente relajado y amistoso, disfrutando de cuencos de cacahuets tostados bañados en salsa de taro que acentuaban el sabor del alcohol.

Por lo general, el animador del local no conseguía acallar el murmullo constante de las conversaciones. Pero, poco a poco, el zumbido las voces se fue apagando. Por ahora, al menos, no se distinguían los mozos de cuadra de los comerciantes de La Garra del Lobo, las sirvientas de los eruditos de Haan, los funcionarios de bajo rango que se habían escabullido de las oficinas durante la tarde, los jornaleros que descansaban tras el duro trabajo matutino, los tenderos que se tomaban un respiro mientras sus esposas vigilaban el almacén, las criadas y las señoras que habían salido a hacer recados y a encontrarse con las amigas... ahora todos ellos formaban parte de una audiencia cautivada por el narrador que estaba en el centro de la taberna.

Dio un sorbo a una cerveza con mucha espuma, dejó la jarra, se sacudió varias veces las anchas y largas mangas con las manos y continuó:

... entonces el hegemon desenvainó Na-aroénna y el rey Mocri dio un paso atrás para admirar la gran espada: la que arrebató las almas, la que arranca cabezas, la que destruye las esperanzas. Hasta la luna parecía perder su brillo frente al resplandor puro de esta arma.

—Es una hermosa espada —dijo el rey Mocri, campeón de Gan—. Mejor que cualquier otra, al igual que vuestra consorte Mira sobresale entre las demás mujeres.

El hegemon contempló a Mocri despectivamente, mientras sus pupilas dobles destellaban.

—¿Alabáis el arma porque consideráis que me otorga una ventaja injusta? Acercaos y cambiemos nuestras espadas, porque no dudo de que os venceré de todas formas.

—No se trata de eso —respondió Mocri—. Alabo el arma porque creo que a un guerrero se le conoce por el arma que empuña. ¿Hay algo más honorable que enfrentarse a un adversario que esté realmente a nuestra altura?

El hegemon suavizó la expresión del rostro.

—Ojalá no os hubierais rebelado, Mocri...

En un rincón apenas iluminado por el resplandor de la estufa, dos muchachos y una chica se apretaban alrededor de una mesa. Vestidos con túnicas de cáñamo sencillas pero de buena confección, parecían ser hijos de granjeros o tal vez sirvientes de una familia acomodada de comerciantes. El mayor tendría unos doce años, era bien proporcionado y de piel clara. Sus ojos eran amables y llevaba el pelo oscuro y rizado recogido en un moño alborotado en lo alto de la cabeza. Frente a él, al otro lado de la mesa, estaba una chica aproximadamente un año menor, también de piel clara y pelo rizado, aunque ella lo llevaba suelto dejando que los mechones cayeran en cascada alrededor de su rostro bonito y redondo. Las comisuras de la boca se curvaban en una ligera sonrisa mien-

tras recorría la habitación con unos ojos expresivos que recordaban la forma del elegante dyran, captando todo con vivo interés. Junto a ella había un muchacho de unos nueve años, de tez más oscura y cabello liso y negro. Los dos mayores estaban sentados a ambos lados de él, dejándolo encajado entre la mesa y la pared. La chispa traviesa de sus ojos inquietos y sus movimientos constantes daban una pista del motivo. El parecido de sus rasgos sugería que eran hermanos.

–¿No es genial? –susurró el muchacho más joven–. Apuesto a que el maestro Ruthi cree que seguimos encerrados en nuestras habitaciones, cumpliendo el castigo.

–Phyro –dijo el mayor con el ceño ligeramente frunciendo–, sabes que esto no es más que un aplazamiento temporal. Aún tenemos que escribir esta noche tres redacciones sobre *La moralidad* de Kon Fiji y su relación con nuestro mal comportamiento, sobre cómo moderar la energía juvenil mediante la educación y sobre...

–Chiss –susurró la muchacha–. Estoy intentando oír al narrador. No des sermones, Timu. Ya nos habíamos puesto de acuerdo en que no había diferencia entre divertirse primero y estudiar después, y estudiar primero y divertirse después. Se le llama «organización personal del tiempo».

–Estoy empezando a pensar que esta idea tuya de la «organización personal del tiempo» debería llamarse «pérdida de tiempo» –dijo Timu, el hermano mayor–. Phyro y tú no teníais razón al hacer bromas sobre el maestro Kon Fiji... y yo debería haber sido más severo con vosotros. Deberíais aceptar vuestro castigo con dignidad.

–Oh, espera hasta saber lo que Théra y yo... mmm.

La chica tapó la boca del más pequeño con la mano.

–No deberíamos preocupar a Timu contándole demasiado, ¿vale? –Phyro asintió con la cabeza y Théra le soltó.

El niño se limpió la boca.

–¡Tu mano está salada! ¡Puaj! –luego se dirigió a Timu, su hermano mayor–. *Toto-tika*, si tienes tantas ganas de es-

cribir esas redacciones, estaré encantado de cederte mi parte para que puedas hacer seis en vez de tres. En todo caso, al maestro Ruthi le suelen gustar mucho más las tuyas.

–¡Eso es ridículo! La única razón por la que acepté salir a hurtadillas contigo y con Théra es porque al ser el mayor tengo la responsabilidad de cuidaros y porque vosotros prometisteis cumplir el castigo más tarde...

–¡Hermano mayor, estoy anonadado! –dijo Phyro adoptando un semblante serio, copia exacta del de su estricto tutor cuando estaba a punto de soltar una reprimenda–. ¿Acaso no está escrito en las *Fábulas sobre devoción filial* del sabio Kon Fiji que el hermano pequeño debe ofrecer los ejemplares más exquisitos de una cesta de ciruelas a su hermano mayor como muestra de respeto? ¿Acaso no está también escrito que el hermano mayor debe intentar proteger al pequeño de las tareas difíciles que superen su capacidad, ya que el fuerte tiene el deber de defender al más débil? Para mí, las redacciones son como nueces irrompibles pero para ti son como ciruelas jugosas. Solo intento comportarme como un buen moralista. Pensaba que te gustaría.

–Eso es... tú no puedes... –Timu no tenía tanta práctica en esta modalidad particular del arte del debate como su hermano más joven. Se le puso la cara roja y se quedó mirando a Phyro con enfado–. Si te limitaras a enfocar tu inteligencia en hacer los deberes de clase...

–Deberías alegrarte de que Hudo-tika haya hecho la tarea de lectura por una vez –intervino Théra, que había intentado mantener la cara seria mientras los hermanos discutían–. Ahora callaos, por favor, los dos. Quiero escuchar esto.

... golpeó con Na-aroénna y Mocri paró la arremetida con su escudo de argán reforzado con escamas de cruben. Era como si Fithowéo hubiera estrellado su lanza contra el monte Kiji, o como si Kana hubiera golpeado con su potente puño la superficie del mar. Mejor aún, dejadme que os cante el combate:

*De este lado, el campeón de Gan, nacido y crecido en La
Garra del Lobo;
Al otro lado, el Hegemón de Dara, último vástago de los
mariscales de Cocru.
Uno es el orgullo de una isla de lanceros;
El otro es Fithowéo, el dios de la guerra, reencarnado.
¿Podrá La que Acaba con las Dudas acabar con cualquier
duda sobre quién es el Amo de Dara?
¿O se encontrará finalmente Goremaw con un festín san-
griento que no podrá tragar?
La espada se encuentra con la espada, la maza con el escu-
do,
La tierra tiembla mientras los dos titanes saltan, aplastan,
chocan y golpean.
Durante nueve días y nueve noches pelearon en aquella co-
lina desolada,
Y los dioses de Dara se reunieron sobre la ruta de las balle-
nas para juzgar la fuerza de su voluntad...*

Mientras cantaba, el narrador iba golpeando una cáscara de coco con una gran cuchara de madera para simular el sonido de la espada chocando contra el escudo; daba brincos y sacudía sus largas mangas aquí y allá para evocar la danza marcial de los legendarios héroes a la luz parpadeante del fuego de la taberna. A medida que su voz se alzaba y se apagaba, de repente urgente y al instante lánguida, la audiencia era transportada a otro tiempo y otro lugar.

...Después de nueve días, tanto el hegemón como el rey Mocri estaban agotados. Tras bloquear otro ataque de La que Acaba con las Dudas, Mocri retrocedió un paso y tropezó con una roca. Cayó al suelo y su espada y su escudo quedaron a ambos lados de su cuerpo. Con solo dar un paso, el hegemón podría machacarle el cráneo o cortarle la cabeza.

—¡No! —Phyro no pudo evitarlo. Timu y Théra, tan absortos como él en el relato, no le hicieron callar.

El narrador asintió agradecido a los niños y prosiguió. *Pero el hegemon se mantuvo donde estaba y aguardó hasta que Mocri se incorporó y recuperó la espada y el escudo.*

–¿Por qué no habéis acabado esto de una vez?–preguntó Mocri respirando con dificultad.

–Porque un gran hombre no merece que su vida termine por una casualidad–respondió el hegemon con la respiración igual de forzada–. Puede que el mundo no sea justo, pero debemos luchar para que lo sea.

–Hegemon–dijo Mocri–, me alegra y a la vez me apena haberos encontrado.

Y ambos volvieron a la carga con las piernas pesadas y los corazones llenos de orgullo...

–Así es como se comporta un verdadero héroe–susurró Phyro con un tono lleno de admiración y nostalgia–. Eh, Timu y Théra, vosotros llegasteis a conocer al hegemon, ¿no es verdad?

–Sí... pero eso fue hace mucho tiempo–contestó Timu susurrando a su vez–. En realidad no me acuerdo de mucho, excepto de que era realmente alto y que sus extraños ojos tenían una mirada terriblemente feroz. Recuerdo que pensaba lo fuerte que debía de ser para poder empuñar aquella enorme espada que llevaba a la espalda.

–Parece que fue un gran hombre–dijo Phyro–. Alguien que actuaba con honor y trataba con gallardía a sus oponentes. Qué lástima que papá y él no...

–¡Chiss!–interrumpió Théra–. ¡No tan alto Hudo-tika! ¿Quieres que todos sepan quiénes somos?

Phyro podía comportarse como un pillo con su hermano mayor, pero respetaba la autoridad de su hermana. Bajó la voz.

–Lo siento. Es que parece un hombre tan valiente... Y Mocri también. Tendré que contarle a Ada-tika todo lo que sé sobre este héroe nacido en la misma isla que ella. ¿Cómo es que el maestro Ruthi nunca nos ha enseñado nada sobre Mocri?

—Esto es solo una historia —dijo Théra—. Luchar sin descanso durante nueve días y nueve noches... ¿cómo puedes creer que eso ocurriera realmente? Piénsalo: si el narrador no estaba allí, ¿cómo puede saber lo que dijeron el hegemón y Mocri? —pero al ver la cara de desilusión de su hermanito, suavizó el tono—. Si quieres escuchar historias verdaderas de los héroes, más tarde te contaré la de aquella vez en que la tía Soto evitó que el hegemón nos hiciera daño a mamá y a nosotros. Entonces yo no tenía más que tres años, pero lo recuerdo como si hubiera sido ayer.

Los ojos de Phyro brillaron y estaba a punto de pedir que continuara cuando una voz áspera le interrumpió.

—¡Ya he oído lo suficiente de esta historia ridícula, farsante insolente!

El narrador se detuvo a mitad de la frase, atónito por la intromisión. Los clientes de la taberna se giraron para ver quién hablaba. De pie junto a la estufa había un hombre alto, de pecho fuerte y enorme y tan musculoso como un estibador. Era con diferencia la persona más alta en la taberna. Una cicatriz dentada que iba desde su ceja izquierda hasta su mejilla derecha daba un aspecto temible a su rostro, acentuado por el collar de dientes de lobo que pendía sobre el espeso vello del pecho, que sobresalía de las solapas sueltas de su túnica corta como si fuera retazo de pelo animal. Por si fuera poco, el diente amarillo que mostraba entre los labios burlones le daba el aspecto de un lobo hambriento al acecho.

—¿Cómo te atreves a fabricar esas historias sobre el criminal Mata Zyndu, que intentó impedir el justo acceso del emperador Ragin al trono y provocó tanto sufrimiento y desolación innecesarios? Al enaltecer al despreciable tirano Zyndu estás denigrando la victoria de nuestro sabio emperador y calumniando el símbolo del Trono del Diente de León. Tus palabras solo pueden interpretarse como una traición.